

El Hematocrítico
MIGUEL LÓPEZ

iEscúchalos!



Por una crianza
con empatía

PAIDÓS

El Hematocrítico
MIGUEL LÓPEZ

¡Escúchalos!

Por una crianza con empatía

PAIDÓS

1.ª edición, junio de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Miguel Ángel López González, 2022

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2022

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

Diseño y maquetación: Eva Mutter

ISBN: 978-84-493-3953-0

Depósito legal: B. 8.697-2022

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – Printed in Spain

Sumario

Prólogo. El síndrome del impostor	II
---	----

PARTE 1. EN CASA

1. Un poco por encima de los gatos	19
2. Cumpleaños feliz.....	23
3. Montando en burro	29
4. Quiénes sois vosotros y qué habéis hecho con mis padres	36
5. Formando a los adultos del mañana	40

PARTE 2. EN EL COLE

6. Mamá, no quiero ir al cole	47
7. Héroe del <i>resiliencio</i>	51
8. Muy deficiente	55
9. La vieja escuela	60
10. Las listas y los burros	65
11. Homenaje a Camacho	70
12. La agenda humana	74

PARTE 3. UN RATITO DE PANTALLAS

13. Aplausos y flamencas	81
14. Fotografía de bebé en bañera	85
15. Camina hacia la luz	89
16. Nos vemos a las ocho en el <i>Fortnite</i>	93

PARTE 4. A HACER RECADOS Y TOMAR ALGO

17. Siete veces más fuerte que tú.....	101
18. El placer de descubrir	105
19. Chupete unisex	108
20. ¿Deben los niños existir?	113

PARTE 5. AL PARQUE

21. Buenas noches, señor monstruo	119
22. <i>Parklife</i>	123
23. « <i>Are you listen?</i> ».....	129
24. C*c*, c*l*, p*d*, p*s	133
25. ¿En qué tarro se guardan las rabietas?	136
26. El ex de tu hija.....	141
27. El peligro del comunismo	145
28. La nueva normalidad.....	148
Agradecimientos	157

PARTE 1

En casa

Un poco por encima de los gatos

Intentar organizar un fin de semana perfecto con los peques te hace sentir un poco como el general Patton. Tienes abiertas delante de ti varias pestañas del buscador. La página de actividades municipales, una guía de eventos infantiles, la del tiempo, la cartelera de un par de cines, tus dos o tres blogs de referencia de los dedicados en cuerpo y alma a estas cosas (que suelen tener nombres como *Pequeplanes*, *Qué hacer con niños en Albacete* o *Little Cuenca*). Con eso y con tu agenda del móvil, unas cartulinas, unos rotuladores y unos fluorescentes tienes lo que necesitas para cumplir tu misión: rellenar cada minuto de este fin de semana de actividades significativas, educativas, emocionantes y estimulantes para la mente de tus hijos. Por supuesto, debes consensuarlas con ellos. ¿Les apetece un evento algo más cultural o quizá algo más de movimiento? ¿Tienen ganas de ver a algún amigo en particular?

Al terminar, puedes contemplar tu estrategia y tomar aire. Tu planificación tendrá un aspecto parecido al siguiente.

El sábado por la mañana a las once vais al taller de alfarería en el centro social del barrio. Si madrugáis os da tiempo a desayunar en ese sitio tan chulo donde ponen esas tostadas de aguacate que tanto os gustan a todos. Al acabar llegáis a tiempo para ver al mago Chorris, que actúa en la plaza de América, y es un buen sitio para tomar el vermut delante del parque. Luego podéis ir a comer al restaurante ese de la barra libre de *pizza* quemada y macarrones pegados que tiene un parque de bolas gigante. Después de

comer tenéis el cumpleaños de Sebas, del cole, en Chiquipark Camelot, que también es un parque de bolas, pero muy diferente. Ya que estáis en el centro comercial, al acabar os pasáis por el cine para ver la nueva de Disney y de ahí ya para casa a relajarnos un poquito los cinco minutos anteriores a poneros el pijama y empezar la «operación cama».

El domingo comenzáis yendo al encuentro de Deportes en la Calle, donde estáis apuntados a una gincana solidaria y a las carreras de sacos. Después vais a ver «Lope de Vega con títeres» en el parque y ya coméis ahí de pícnic. Luego os pasaréis por el Museo de Ciencias a ver la exposición sobre los colores de las aves del paraíso y hacéis el taller de «Pinta tu tucán», y os queda bien para acercaros al planetario. Os da el tiempo justo para ir a ver el concierto de «Little Rockers versionan a Queen como si fueran los Beatles» y a pillaros una *pizza* para cenar en casa y preparar las cosas del lunes mientras os derrumbáis sobre la alfombra del salón con una opresión en el pecho.

Un fin de semana muy aprovechado. Os habéis dejado un par de cosas en el tintero. En la biblioteca municipal os perdisteis un cuentacuentos y siempre lo pasáis bien cuando vais a ver un partido de baloncesto al estadio. Pero no estuvo mal.

También has aprovechado para tener un poquito de tiempo para ti. En los ratos muertos de mirar fijamente a tus hijos para epatarte con lo maravillosos que son y evitar que se abran la cabeza, has podido estar con otros padres y charlar con ellos sobre las cosas que «no os podéis perder».

¿No habéis ido de visita a la granja escuela de Cerneda? ¡Está genial! Podéis ordeñar vacas y montar en ponis y ponen un menú del día muy interesante. Hay que reservar con tres meses de antelación, pero merece mucho la pena.

¿No conocéis la ruta de los molinos de Villanueva de la Franca? Es un paseo imprescindible. Hay unas casas rurales espectaculares y se come de fábula. Hay muchísimas posibilidades.

¿Cómo que no habéis ido al parque acuático Waterworks? ¡No os lo podéis perder! Es obligatorio, absolutamente imprescindible. Como el parque de recuperación de aves de Carmena, el mercadillo infantil de Santa Justa, el Museo de las Peonzas de Lonzas, el nuevo rocódromo que abrieron en el polígono industrial, la pista de patinaje sobre hielo del centro comercial o el *spa* de la nacional VI, que tiene unos *bungalows* que son maravillosos.

Todo eso son cosas que no os podéis perder y seguramente no os las vais a perder porque tenemos que rellenar cada hora del fin de semana con actividades programadas especiales para los niños.

Ahora, detente un momento y piensa en cómo eran tus fines de semana cuando eras un niño. Yo te contaré lo que recuerdo de los míos. ¿Cómo era un plan prototípico?

Por ejemplo, podía ser que un sábado tocase visita a la tía abuela. En ese caso mis padres me cogían, me ponían en el asiento de atrás del coche (sin cinturones, por supuesto) y allá íbamos. A los niños de mi generación nadie nos pedía opinión. Los niños, en la jerarquía de las familias, estábamos un poco por encima de los gatos. El viaje en coche no incluía, por supuesto, ningún tipo de entretenimiento especial para niños.

Podías ver coches pasar y buscar una manera de entretenerte con sus colores o con sus matrículas. Si tenías mucha suerte y llovía, tu cabeza se podía permitir el lujo de organizar carreras de gotas de agua deslizándose por el cristal. Tampoco podías escuchar *Cantajuegos* o la banda sonora de *Encanto* porque la radio del coche estaba inevitablemente monopolizada por tus padres. Te tenías que conformar y sacar lo mejor de algunos temazos escondidos en los discos de Juan Pardo o de Víctor Manuel y Ana Belén.

Cuando llegabas a casa de tu tía abuela, quedabas abandonado a tu suerte. Ahí no había nada a lo que asirse. No tenías una *tablet* para entretenerte ni un libro de pegatinas ni absolutamente nada. Mientras tus padres tenían una conversación con la buena de la señora sobre «y cómo está el marido de Mari Carmen», «las

hijas de la Luisa no le hacen caso, se casaron y ni visitan ni llaman ni conoce a los nietos, la pobre» o «está fatal del hígado, cada vez peor», y esas cosas tan deprimentes de las que se hablan con señoras tan mayores, tú estabas obligado a buscarte la vida. Quizá había alguna revista que pudieras ojear o, si tenías suerte, te dejaban *tocar* algunos de los gatitos de porcelana y a lo mejor extraer unas gotitas de diversión de ahí. O unas pinzas de la ropa o lo que fuera. Algo para manipular, para coger, cualquier cosa.

La conversación duraba lo que duraba y tus malas caras o tus gestos de sufrimiento máximo no iban a acortar el tiempo mágicamente. Estabas condenado. Atrapado.

¿Qué ha ocurrido estos años para que se haya dado tanto la vuelta a los papeles? ¿Cómo puede ser que los niños en las familias hayan pasado de ser *algo un poco por encima de los gatos a algo notablemente por encima de los cabezas de familia?*

Los niños son los reyes, los emperadores de las familias. Los *directores generales mánager supervisores sénior*. Todo gira a su alrededor y, durante los fines de semana, eso se nota especialmente.

.....

- ¿Cómo era un fin de semana en tu vida cuando eras niño?
- Cuenta planes que recuerdes haber hecho en tu niñez.
- ¿Cómo son ahora los fines de semana de tus hijos?
- ¿Qué diferencias parecen más evidentes?
- ¿Crees que alguna de las dos maneras es una buena manera de educar?
- ¿Cómo sería una manera equilibrada de organizar un fin de semana en familia?

.....

Cumpleaños feliz

Una buena manera de calibrar esa diferencia de estatus en la familia y en la sociedad entre los que éramos niños hace unos cuantos (ejem) años y los niños de ahora es analizar los rituales asociados a la celebración de los cumpleaños.

En una fiesta de cumpleaños mía el *catering* podría ser una botella grande de Fanta de naranja repartida en unos vasos de plástico, unos gusanitos y unos sándwiches de paté. La lista de los invitados era muy selecta. La condición indispensable para ser invitado a la fiesta era la siguiente: ser mi primo.

La decoración era el ambiente provocado por la luz de las velas sobre una tarta hecha con galletas Fontaneda. Una tarta de la abuela literal. Soplaban las velas, me hacían alguna foto, quizá sonaba un vinilo de Miliki o de Parchís, abría mis regalos y listo.

Ahora se podría hablar de la existencia de una industria cumpleañosera. Una industria floreciente, en expansión y metida en plena carrera armamentística. Deduzco que su situación económica es boyante por las enormes inyecciones de capital que reciben anualmente de todas las familias con hijos en edad escolar. Nuestra generación de padres y madres ha caído atrapada en una espiral de gasto creciente desenfrenado.

Una fiesta de cumpleaños actual incluye una invitación bonita y personalizada a cada uno de los compañeros de clase, a los mejores amigos de otras clases, a la pandilla del parque y a sus hermanos pequeños. Se suma también algún compañero de la guardería, claro.

Aunque hayan pasado tantos años, ese vínculo jamás se ha perdido por obra y gracia del grupo de WhatsApp «GUARDE», que nadie ha tenido el valor de cancelar. Nadie nunca es tan desalmado como para cancelar un grupo de WhatsApp de ese estilo, pero todos viviríamos más felices si hubiéramos aprendido como comunidad a tomar con naturalidad el cierre de un grupo obsoleto o que alguien abandone un grupo que ya no sea necesario. Pero, por evitar el bochorno y el mal trago, allí siguen en tu móvil los grupos de la guarda, de las clases de parto, de tus amigos del insti, del regalo para el cumple de Carmen del año 17 y de la cena de Navidad con los colegas de tu antiguo trabajo del 19.

Es difícil tener espacio en tu casa para alojar a lo que vienen siendo treinta o cuarenta invitados, así que tiene que entrar en juego un local de eventos. En algunos sitios los llaman «parques de bolas», en otros sitios los llaman «chiquiparks», pero todos sabéis a lo que me estoy refiriendo con ese tipo de sucursales del infierno en particular.

Son locales sin iluminación natural. No tienen ventanas. Si algo puede romperse con pelotas, no tiene cabida en estos sitios. Los hay de dos tamaños. Si son de categoría monstruosa los encontrarás en el polígono industrial, contruidos entre El Rey del Mueble de Oficina y Piensos Gutiérrez. Necesitarás el Google Maps para localizarlos y bastante pericia para no ser embestido por un camión descomunal que intentaba evitar una rotonda, pero los encontrarás. Los de categoría exagerada están contruidos en locales de centros comerciales que han vivido mejor vida —ya sabes, esos que cuando los abrieron fueron el *boom* de tu localidad, pero tres o cuatro centros comerciales más grandes después son como una reliquia de principios de los 2000 y sobreviven nadie sabe muy bien cómo—, entre una tienda de chucherías y una de colchones.

Al entrar te encontrarás con un par de toboganes gigantes, camas elásticas, castillos hinchables y fosos llenos de pelotitas de plástico y microbios que se confunden con las propias pelotitas

porque tienen ya el mismo tamaño. Todo bien forrado con protectores de espuma para que tengas la tranquilidad de que tu hijo no se abrirá la cabeza por muy espectacular que sea el guantazo que inevitablemente se va a llevar esa velada.

Estos lugares felices están increíblemente solicitados. Deben de ser una categoría de inversión en bienes raíces importante, porque para conseguir que te permitan alquilarlos unas horas para el cumple de tus hijos tienes que llamar con meses de antelación.

En el mejor de los casos, conseguirás disfrutarlo en un fin de semana cercano a la fecha deseada. Si no, serás ubicado en uno del mes siguiente o del anterior. Puede que te quieran colocar una celebración de cumple entre semana, un miércoles, a la salida del cole. Te lo pintarán muy bien y estará mejor de precio, pero esto es muy importante: ¡no aceptes de ninguna manera! Las familias odian a los padres que organizan cumpleaños entre semana. Te harán vudú y te pondrán en listas negras que no sabes ni que existen. ¡Contente!

No tengo que decirte más, ¿verdad? Has estado ahí, sabes de lo que te estoy hablando.

Te juntarán con otros padres en una mesa contigua con un termo de café y unas napolitanas reseca mientras vuestros hijos se desplazan de un punto a otro a la velocidad del rayo, como pelotas rebotando por un *pinball*. Les pintarán la cara de manera regular con pinturas que no salen todo lo bien que tendrían que salir. Los inflarán a azúcar y a porquerías ultraprocesadas. Los pondrán a bailar canciones de reguetón cuyas letras harían sonrojar a Bad Bunny en persona.

Y luego llega el momento de La Gran Ofrenda.

Es la hora de sentar a quien celebre su cumpleaños en un trono y poner a sus pies a sus amigos, convertidos en vástagos que ofrecerán sus dádivas uno a uno en un ritual tan conectado de raíz con el feudalismo que hasta es muy probable que hayan vestido a tus hijos de reyes y princesas para conseguir el ambiente más acorde posible.

Un niño se levanta y le entrega una caja. Tu hijo la abre. Es un puzle de cien piezas. Todos gritan «Qué bo-ni-to, qué bo-ni-to». Tu hijo chasquea los dedos como un Luis XVI aburrido y dice «Siguiente». Una niña le sube un juego de alfarería. Otro chasquido. Que pase el siguiente. Un cómic. Un kit de minería casera. Una caja de MicroMachines. Un peluche. Chasquidos. Más chasquidos. Nada parece satisfacerle.

De repente te ves en tu casa con un hijo con la cara todavía roja por un intento de maquillaje de Spiderman. También tiene de ese superhéroe la habilidad de subirse por las paredes gracias al subidón de azúcar de la bolsa y media de chuches que se metió entre pecho y espalda. En una esquina, cuatro bolsas de rafia grandes, de las de IKEA azules, llenas hasta arriba de juguetes que no sabes muy bien dónde meter y la sensación de terror de que el finde que viene os toca a vosotros ser los invitados a otro cumpleaños. Y el siguiente. Y el siguiente.

La primera vez que observé el inicio de esta bola de nieve de consumismo salvaje en la que se han convertido los cumpleaños fue cuando un padre de gemelos de mi colegio me comentó que al acabar la celebración de sus hijos tuvo que ir y volver dos veces para poder descargar la remesa juguetera que le acababa de caer y que estaba destinada a convertir su casa en una sucursal de Toys'R'Us.

Está claro que tiene que haber un punto intermedio. Tiene que haber algo entre compartir una Fanta con tus primos en casa y celebrar un sexto cumpleaños con la infraestructura de una primera comunión.

Sobre todo porque creo que ese ambiente no puede ser disfrutado por nadie, ni siquiera por ellos. Demasiado ruidoso, demasiado rápido todo, demasiada azúcar, demasiado estrés.

El hecho de recibir tantos regalos, tan seguidos, me parece especialmente antieducativo. Recibir tantas cosas de golpe produce un efecto anestésico. Al cuarto regalo ya les da todo igual. Solo

quieren abrir otro y otro y otro y otro. Luis XVI se aburre al comprobar su opulencia.

Y cuando los tiene en casa... ¿De verdad vais a tener tiempo de jugar con todo eso? ¿De verdad tenéis espacio para meter eso en casa?

Los hipercumpleaños son otra de esas cosas que parece que hacemos porque hay que hacerlas. Todos estamos de acuerdo en que es demasiado, que hay que bajar el pistón, que hay que volver a algo más sencillo..., pero al año siguiente vuelve a haber lista de espera en Camelot Land.

Paralelamente a la creación de esta burbuja cumpleañera, he sido testigo de una cosa muy curiosa. He visto cómo nacía un nuevo tipo de celebración de cumpleaños. Más sensible, más responsable, más ecológica, más cuqui.

Se celebran no ya los años, sino las «vueltas al planeta». Os lo juro.

Se hacen al aire libre, en merenderos instalados en parques públicos, con un grupo de amigos limitado. Se ponen unos globos, una piñata, una tarta quizá casera, unas vibraciones bastante diferentes.

Pero, de tan bonitos que son, se han popularizado en Instagram, y adivinad qué. Como unas zapatillas del Lidl o un abrigo de Zara lucido por una *influencer*, estos cumpleaños se han vuelto cotizadísimos. En esos merenderos ahora hay lista de espera y peleas por agenciárselos. Y han caído también en la carrera armamentística y se han convertido en sucursales *outdoors* de los megacumpleaños de los que os hablaba antes. La gente se ha traído equipos de sonido, animadores infantiles y hasta hinchables y piscinas desmontables. Todo puesto por un módico precio por la gente de Camelot Park, por supuesto.

Buen intento, cumpleaños sensible, mejor suerte la próxima vez.

-
- ¿Cómo eran tus celebraciones de cumpleaños cuando eras niño?
 - ¿Cómo son las de tus hijos?
 - Conversad y comparadlas.
 - ¿Cuál te parece más sensata? ¿Cuál más divertida?
¿Qué crees que deberían aprender unas de otras?
 - Diseñad juntos un cumpleaños que os guste mucho a todos.
¿Cómo sería?
-